

pronunciada sobre el elemento basta para hacer el Sacramento. Y para hacerlo ¡qué esfuerzo del poder divino no es necesario, á nuestro flaco modo de entender! Porque, así como, para encarnarse, bajó el Verbo eterno del cielo al seno de la bienaventurada Virgen, como canta David: *De lo más alto del cielo fué su salida*¹; así, para ponerse en las manos del sacerdote, desciende del cielo, según aquellas palabras: *Éste es el pan que bajó del cielo*². Mas, así como en aquel misterio de tal modo vino al mundo que ni por un instante se separó del lado de su Padre, en el cual está siempre³; así en éste, aunque Cristo haya vuelto realmente al cielo, como Él mismo lo afirma: *Vado ad Patrem*⁴, no por eso dejó de habitar con nosotros, antes bien, fiel á su promesa, con nosotros permanece hasta el fin de este orden de cosas pasajero⁵. El Profeta suplicaba al Señor que, rasgando sus cielos, bajara á la tierra á hacerse hombre y redimirnos⁶; y el Señor oyó sus ruegos con asombro de los mismos cielos y pasmo de todas las criaturas. El sacerdote, teniendo en sus trémulas manos el pan de bendición, ruega á Dios que lo convierta en el cuerpo y la sangre de su amadísimo Hijo, y pocos momentos después, con no menos asombro, pronunciadas las palabras sacramentales, en nombre del mismo Cristo, el sacerdote y el pueblo adóranle presente en aquella humilde apariencia. ¡Qué efecto no debe producir esta súbita venida del Criador á la tierra en toda la naturaleza atónita, como lo contempló el Profeta! *Á la vista del Señor se estremeció la tierra, á la vista del Dios de Jacob*⁷.

¹ Ps. 18, 7.² Io. 6, 59.³ Io. 1, 1.⁴ Io. 14, 28.⁵ Matth. 28, 20.⁶ Is. 64, 1.⁷ Ps. 113, 7.

Y ¿qué extraño es que se vean suspendidas sus leyes, obedeciendo la criatura á su Criador?

9. Vino, pues, el Verbo desde su regio asiento¹; y, uniendo á su augusta Persona la sacrosanta humanidad, formó aquel divino compuesto de las dos naturalezas², que se llama Cristo nuestro Señor³. Y, al venir al altar ¿qué hace sino formar de su cuerpo y las especies sacramentales este divinísimo Sacramento? Y ¿en dónde se oculta más profundamente la gloria de su divinidad, en la Eucaristía ó en la Encarnación? No sabríamos decirlo, carísimos hermanos; pues, si en ésta aparece Jesucristo á los ojos de los hombres puro hombre, en aquélla no ven los sentidos humanos sino sustancia de pan. Allá, dice San Cipriano, estaba escondida la divinidad: *latebat divinitas*; aquí la esencia divina se encuentra de una manera imposible de explicarse: *ineffabiliter divina se effudit essentia*⁴. ¿Qué hace, pues, el Verbo Divino al encarnarse? Responde el Apóstol: *anonadarse á sí mismo, tomando la naturaleza de siervo*⁵: humillarse hasta el último grado, como hombre, ante el acatamiento del Padre, al mismo tiempo que entra en el mundo como dueño y señor de todo lo creado: *Vino á su propia casa*⁶. ¿Á qué viene el Hijo de Dios? Á restaurar el orden primitivo perturbado por la culpa del hombre prevaricador; y esto por medio de la adoración, la acción de gracias, el sacrificio.... Que todo esto da á entender aquella expresiva manera de hablar del Evangelista: *El Verbo se hizo carne*⁷. Sí, se hizo

¹ A regalibus sedibus venit (Eccl.).² S. Thom., S. th. 3.³ Qui vocatur Christus (Matth. 1, 16).⁴ S. Cypr. in serm. de Cæna Domini, apud Carthagena.⁵ Phil. 2, 7.⁶ Io. 1, 11.⁷ Io. 1, 14.

víctima del sacrificio sangriento de la cruz. Y ¿qué otra cosa hace el mismo Cristo al reencarnarse, digámoslo así, en el Sacramento de la Eucaristía? Helo aquí anonadado, humillado quizás más profundamente, según sienten graves autores, que al revestirse de nuestra carne: helo aquí hecho ya no sólo esclavo, sino alimento del esclavo, invisible, hasta en su forma de hombre, á los ojos de los hombres, pudiendo decir: *Gusano soy, y no hombre*¹, manjar de vilísimos gusanos. Y por medio de esta incomprensible humillación, aquí está Jesús restaurando incesantemente, y hasta el fin de los siglos, la gloria del Criador, viviendo sobre la tierra, sin dejar el cielo, en actitud de perenne adoración, alabanza y sacrificio. Que por esto el espíritu de la devoción al Santísimo Sacramento no puede ser otro que el de humillación del ser humano en la presencia de la Majestad divina, de oblación plena y perfecta de sí mismo en sacrificio de alabanza, en fin, de sumisión total á la divina y soberana voluntad, *para que el Padre sea glorificado en el Hijo*².

Tales son, cristianos, las armonías que resplandecen en la ejecución de los dos misterios que vamos contemplando. Pocas palabras añadiré todavía acerca del fruto y resultado inmediato de la Encarnación y la Eucaristía.

III.

10. Hacer al hombre hijo de Dios por adopción, pero tan real y verdaderamente que pueda decirse que *ha nacido de Dios*³, parece haber sido el fruto primero de la Encarnación del Verbo; pues, apenas deja ésta

¹ Ps. 21, 7.

² Io. 14, 13.

³ Io. 1, 13.

sentada el Apóstol San Juan en el primer capítulo de su Evangelio, añade: *En cuanto á aquéllos que lo recibieron, y creyeron en su nombre, dióles poder para ser hechos hijos de Dios*¹. No encarnara el Hijo de Dios, si el hombre no le hubiese de reconocer por tal, si no hubiese de ver su gloria de Unigénito del Padre, *lleno de gracia y verdad*², y de esta suerte, iluminado por la fe, no le recibiera en su corazón por la caridad. Al creerla, pues, recibe el hombre á Cristo, participa de la condición de hijo de Dios, nace, en cierta manera, de Dios mismo por el parentesco de hermandad que contrae con el Verbo Encarnado. Ninguna gloria puede compararse con tan gloriosa afinidad. Ella trae consigo el derecho á la herencia del mismo Dios en asociación con su Hijo, como lo advirtió el Apóstol: *Si somos hijos, también seremos herederos, coherederos con Cristo*³. Y ¿no os parece, cristianos, que esta divina filiación y esta herencia celestial son también el fruto de la sagrada Eucaristía? ¿No es éste *verdaderamente el pan de los hijos*, como canta la Iglesia? ¿No es la *prenda de la gloria venidera*? Y, si por recibir á Cristo por la fe, se adquiere el derecho de ser hijos de Dios, ¿qué será por recibirle en la verdad de su cuerpo y sangre, alma y divinidad?

11. Pero demos que no sea, hablando en rigor, la Eucaristía, sino el bautismo, el Sacramento que nos confiere la nueva forma, y como segunda naturaleza de hijos de Dios. ¿Quién negará que á lo menos la perfecciona y sustenta, siendo manjar divino fabricado para dar vida divina y sobrenatural? La sustancia maternal con que se alimenta el niño, ¿no es la que desarrolla y completa

¹ Io. 1, 12.

² Ibid. v. 14.

³ Rom. 8, 17.

la vida recibida de la madre? Y tomar esa sustancia ¿no es, según el lenguaje común, ser hijo por segunda vez? Pues, ¿qué leche hay comparable con el alimento eucarístico, en el cual, como dice San Juan Crisóstomo, Jesucristo, á manera de madre ternísima, nos apacienta y nutre con su propia sangre¹? Así, pues, escribe un piadoso autor², como mediante la unión hipostática, por estar Dios unido con el hombre, vive éste vida divina, que así lo significan estas palabras: *Yo vivo por mi Padre*³; así también por la unión de Cristo con aquél que dignamente le recibe en el Sacramento, vive el hombre vida de Cristo, vida de hijo de Dios, como lo experimentaba el Apóstol que decía: *Cristo vive en mí*⁴. He aquí por qué acueductos tan excelentes dimana hasta nosotros el agua de la vida con que la Eucaristía riega y fecunda nuestras almas: el Padre es la fuente, de él recibe la vida el Hijo, el cual la trasmite á la humanidad de Cristo: de ésta viene á nosotros por el canal del divino Sacramento, en donde, como en raudal copioso, dice Santo Tomás⁵, gustamos la dulzura del espíritu.

12. Consideremos, finalmente, el otro efecto maravilloso que producen la Encarnación y la Eucaristía, de unir al hombre con Dios. Unión más estrecha y más perfecta que la hipostática ciertamente no es dado concebir; mas ¿qué diremos de la unión eucarística, la más íntima y excelente después de aquélla? Bástenos considerar de cuántas maneras y con qué expresivas semejanzas han tratado de exponerla los Padres y Doctores

¹ *Proprio sanguine pascit (Chrysost.)*.

² *Carthagera*, De aug. Euchar. sacram. lib. 9, hom. 18.

³ Io. 6, 58. ⁴ Gal. 2, 20.

⁵ *S. Thom.* in opusc. 57.

de la Iglesia, así griega como latina, sin llegar jamás á declararla enteramente. San Agustín y San Cipriano no vacilan en compararla con la unión conyugal, diciendo que, mejor que de los esposos, puede asegurarse de Cristo y del que comulga dignamente lo del Génesis: *Serán dos en una misma carne*¹; pues, si bien en el bautismo se celebran las nupcias del alma con Cristo, es en el Sacramento de la Comunión donde este místico desposorio se consuma y perfecciona². San Gregorio Niseno³ se vale de la semejanza de la levadura y la masa por ella fermentada, aplicándola á la transformación que produce en el alma el cuerpo del Señor introducido en nosotros por la Eucaristía. Apoyando la misma sentencia, añade el Crisóstomo: *En realidad de verdad, y no sólo por la fe, ni sólo por la caridad, nos convierte en su cuerpo*, al modo que convertimos nosotros en carne nuestra el alimento. No se trata, pues, de una unión puramente espiritual y afectiva con Cristo, la cual se forma por la verdadera caridad, al decir de San Cirilo, sino de otro género de unión según la carne, ó natural, según se expresa el mismo santo Doctor⁴. Unión es ésta, carísimos oyentes, difícil de explicarse por ser tan misteriosa como el mismo Sacramento, pero de la cual pudiéramos dar alguna idea, diciendo con un distinguido teólogo moderno⁵, que es tal que, mediante su carne sacratísima, Cristo obra no solamente en el alma, sino también directamente en el cuerpo del que comulga, disminuyendo el fómite del pecado, moderando los desordenados apetitos sensuales, y, con el contacto

¹ Gen. 11, 24.

² Apud *Carthagera* l. c.

³ Orat. catech. c. 37.

⁴ Apud *Carthagera*.

⁵ *Carthagera*.

de su carne purísima, refrenando la rebeldía de la nuestra, tornándola pura y casta, como enseñan, entre otros, San Cirilo y San Gregorio Niseno, y es doctrina del Catecismo Romano ¹.

13. Sea, pues, toda la gloria de tan maravillosos efectos á aquel divino Señor que, no contento con haberse vestido de los andrajos de nuestra pobre humanidad en el misterio de su Encarnación, para enriquecernos con la púrpura de su divinidad ², ha querido descender de su solio al humilde tabernáculo de la sagrada Eucaristía para continuar en nosotros por maravillosa manera los efectos de su unión con nuestra naturaleza, haciéndonos partícipes, con su cuerpo y sangre, de su vida divina, y dándonos prendas de eterna participación de su gloria. Adoremos la sublime armonía de las dos obras maestras de la omnipotencia, sabiduría y bondad infinitas, y, llenos de fe en su palabra y de amor á su largueza, digámosle con el amante Pedro: *Señor, ¿adónde iremos? ¡Tú sólo tienes palabras de vida eterna!* ³ Amén.

SERMÓN DÉCIMOSEPTIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1886).

La Eucaristía y la Encarnación: sus frutos.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. El pesebre y el altar, Belén y el templo católico, ¡qué bellas analogías nos ofrecen, qué raudales de

¹ Hoc sacram. sensuum libidinem cohibet (*Pius V.* in Catech.).

² *S. Leo M.* ³ Io. 6, 69.

luz para la mente y de dulzura para el corazón! ¡Belén y el altar! ¿No son éstos los únicos objetos que llenan el espíritu de los verdaderos fieles en este tiempo consagrado por la Iglesia á la celebración de los misterios del nacimiento é infancia de Jesús? Como el Dios Niño permaneció cuarenta días enteros en la humilde y desmantelada gruta que escogió para nacer, así las almas piadosas gustan de pasar largas horas durante muchos días delante del sagrado tabernáculo do se dignó habitar con los hombres hasta la conclusión de los tiempos. ¡Ah! ¡pluguiese á Dios que no nos apartásemos jamás, sino forzados por la necesidad, del pie de los altares! ¡Pluguiese á Dios que abundara en las almas la sencillez de los pastores betlemitas y la fe de los magos del oriente!

2. Á la verdad, hermanos muy amados en el Señor, la solemne oración de Cuarenta Horas, durante las cuales la Majestad del Dios sacramentado está expuesto á la adoración de los fieles con el brillante aparato que emplea en esta clase de funciones la religiosidad de los países católicos, convierte nuestros templos en verdaderos trasuntos de la afortunada cueva de Belén. ¿Qué hubo en ella que no lo tengamos aquí? ¿Ángeles que anunciaron, desparramados por sus alegres campiñas, la buena nueva del nacimiento del Mesías, dando gloria á Dios y paz á los hombres? Aquí los tenemos á millares llenando el recinto de este vasto templo, y sus himnos eucarísticos se repiten cada día entre acordes festivos por la voz de los ángeles visibles, los sacerdotes del Señor. ¿Pastores y zagalas que corrían desalados en busca del prodigio que se les había revelado, llevando sencillos dones para ofrecerlos al recién nacido Niño? Aquí vienen en masa los adoradores de toda edad, sexo y condición, trayendo por ofrenda al Dios